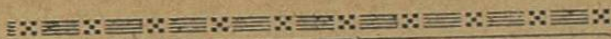


Con el repetido contacto que tuvieron los dos militares aludidos, aumentó el aprecio entre ambos, pues eran inseparables y había la circunstancia de que muy a menudo les tocaba hacer sus guardias juntos, tanto en el Cuartel como en las diversas comisiones del servicio que les fueron encomendadas en algunas poblaciones o Capitales de los Estados del interior y hasta en campaña; estas últimas con relativa frecuencia en atención a que con mayor y menor importancia, se registraban sublevaciones encabezadas por militares descontentos y faltos de pundonor.



CAPITULO SEGUNDO

CAMPAÑA EN LA VILLA DEL CARBON COMANDADA POR PACO

POR el año de mil ochocientos treinta y cuatro, la mayoría de los habitantes del país, vivían en zozobra con pronunciamientos, golpes de Estado y asaltos a las Diligencias, en los solitarios caminos, por las bandas de forajidos, predominando los estacionados en Río Frío; famosos facinerosos que con sus Jefes a la cabeza, salían de sus madrigueras, "Agua del Venerable" y el Rancho de los "Pinares" agazapándose a la orilla del camino a Puebla para cometer fechorías.

Robaban a mano armada y fuera de estos actos reprobables, vivían aparentemente como humildes y honrados comerciantes, pues se exhibían (tomando sus precauciones) en algunos pueblos de regular importancia comercial y en

los días de feria; éstos vendían o compraban semillas, animales robados y otros artículos; esas visitas periódicas que hacían a los referidos poblados, les servían a los bandoleros, para observar los movimientos de los viajeros con quienes llegaban a tratar en los mesones o casas de posta; se informaban que dinero llevaban consigo éstos, a dónde se dirigían, qué camino iban a tomar, qué clase de armas portaban o si carecían de ellas, si eran dueños de las cabalgaduras que montaban o no, etc.; datos que obtenían sin darse a sospechar y que aprovechaban eficazmente para premeditar sus planes de asalto en toda forma a la vera del camino.

También disponían de entre ellos, de un grupo de individuos destinados al servicio de espionaje y, a la vez los ocupaban en rajar leña y hacer carbón en los montes cercanos al camino; productos que vendían en los lugares más indicados, aparentando ser pacíficos carboneros.

Esas bandas estaban bien montadas y armadas demostrando notoria actividad delictuosa y por lo tanto, con sobrada razón tenían temor los viajeros; pues algunos por precaución antes de emprender un viaje se confesaban de sus culpas y hacían el consabido testamento por si aca-

so salían mal librados durante la caminata, a fin de dejar asegurados a sus familiares.

En otras poblaciones del interior, estaban a merced y voluntad de las partidas de bandidos o saltadores que agobiaban a sus sencillos moradores, los que se encontraban sin garantías para sus personas, como de sus intereses expuestos a perderse. Algunas autoridades de mediana categoría, como Jefes Políticos en unión de individuos venales y corrompidos, sembraban la desconfianza ya que propalaban noticias falsas, las que alarmaban al vecindario y, sus ambiciones, no tenían límite; pues llegaron hasta intentar el derrocamiento del Presidente de aquel entonces.

Gobernada en ese año, ocupando la Presidencia de la República, el General de División y Excelencia, Don Antonio López de Santa-Anna, condecorado con la Medalla de la Orden de Guadalupe y otras más.

Ordenó que su ilustre ahijado, Comandante de la Artillería, (condecorado con la Cruz del Mérito Militar) Don Francisco de Medina Troncoso y Ruigomez, hijo de Isabelita, partiera in-

continente para la Villa del Carbón (1) quién se hace acompañar por el Teniente Coronel, (graduado) Don Pedro Regalado de Vergara Hurtado de Espinosa y Ballesteros, (Perico), diminutivo de Pedro), hijo del médico y, a pesar de las heridas que recibió en anteriores combates de las cuales aún no sanaba completamente, tenía presente que lo ordenaba así su Excelencia, quien no permitía se le desobedeciera; salieron juntos con sus respectivas fuerzas a emprender la batida contra los alzados de la población mencionada.

Así pues, ambas fuerzas a primera hora de la mañana del día siguiente, obedeciendo las órdenes recibidas de marcha, se ponen en camino. Van provistas de buena dotación de parque, cañones, ambulancias, carros con víveres que fueron aumentados estos últimos en el trayecto y forrajes para varios días. El camino fué penoso por las lluvias torrenciales y por la artillería ya que sus carros de municiones eran de un peso exagerado; dificultades, en conjunto, que se pudieron subsanar gracias a los órdenes estrictas dadas por el Comandante Paco a sus in-

(1) Villa del Carbón al noroeste de la Ciudad de México a nueve y media leguas; villa fundada en el siglo XVI, erigida en Municipalidad en 1714.

mediatos subalternos, quienes se encargaron de hacerlas cumplir. Las fuerzas siguieron su camino de acuerdo con el itinerario fijado por el obedecido y querido Jefe, el que tenía por costumbre en las expediciones, ir a la descubierta o sea la vanguardia y para alentar a sus muchachos, ¡siempre adelante!

Cinco días escasos ocupó la columna en la caminata y arribaron a eso de las dos de la tarde a inmediaciones de la Villa del Carbón, lugar medianamente fortificado por los alzados, quienes ya estaban sobre aviso de la aproximación de las fuerzas del Gobierno de Santa-Anna. Los informes los obtuvieron por unos arrieros que llegaron con sus mercancías a esa Villa, en compañía de dos soldados que se fugaron del grueso de las fuerzas, las que se dirigían a atacarlos.

Los hombres de Paco, en combinación con los de Pedro Regalado (Perico), inmediatamente que estuvieron a la vista del enemigo, ahí mismo acamparon protegidos por un espaldón que construyeron desde luego; emprendidas las obras de aproche, las que se ejecutaron de día y de noche, porque se tratada de sitiar la plaza cuanto antes, ya que los alzados pretendían hacerse fuertes y sostenerla, empresa difícil por

no tener suficientes elementos, de todas clases, para estos casos.

Paco dió las órdenes necesarias para que luego se estableciera el cerco de contravalación, y que impidieron desde ese momento que salieran o entraran a la plaza, las varones; se permitió únicamente la salida de mujeres, ancianos y niños que podían hacerlo; prácticamente se encontraban los rebeldes sin comunicación alguna con el exterior; no dejaron las columnas volantes de retaguardia que se acercaran individuos en un radio de más de legua y media; así es que, los sitiados, estaban sujetos a su suerte que se les esperaba muy negra, máxime que los víveres almacenados en esa población eran relativamente escasos y se agotarían, indudablemente, muy pronto, a pesar de que los rebeldes hicieron acopio de ellos con mucha anticipación; unos los tomaron a la fuerza de las haciendas, ranchos y pueblos cercanos, y otros se vieron en la necesidad de comprar al contada en Atzacapotzaltongo, Jilotepec y hasta en Áculco, lugar de recuerdos, ya que a inmediciones de esa última población, el siete de noviembre de un mil ochocientos diez, las fuerzas Realistas al mando de Calleja, obtuvieron la victoria de ese punto, derrotando a los

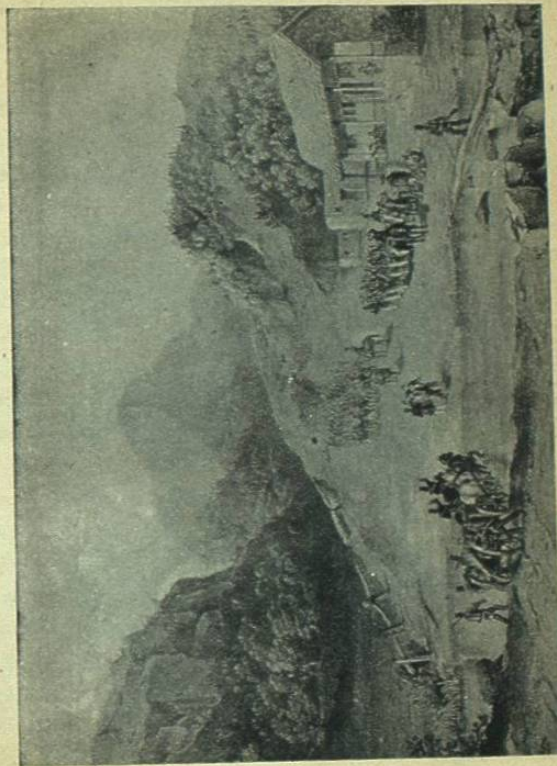


Lámina XXI.—PACO AL FRENTE DE SUS TROPAS CAMINO DE LA VILLA DEL CARBON



Lámina XXII.—ASALTO A UNA TRINCHERA
EN LA BATALLA DE LA VILLA DEL CARBÓN.

Insurgentes capitaneados por el Cura Hidalgo, Allende, Abasolo y otros Jefes.

Diariamente se batían con denuedo las avanzadas de los sitiadores y sitiados; los últimos sostenían la plaza de la Villa del Carbón, quienes desmoralizados cada día más, se les agotaban los víveres al extremo que ya formaba parte de la alimentación, la carne de caballo, mula o burro, después de haberse consumido el ganado vacuno y el lanar.

Por los motivos expuestos en el párrafo anterior, se juzgará de lo que acontecía en el interior de la población próxima a caer en manos del sitiador.

Los rebeldes trataban en los últimos días de sitio, romper éste; intentar salir armados por una cañada muy peligrosa y sin tomar en cuenta que tenían doble barrera que franquear. Había soldados que estaban apostados en lugares estratégicos, sujetos a una tenaz vigilancia por los superiores así como por los rondines. Los sitiados varias veces intentaron sobornar a las avanzadas del enemigo, con el fin de obtener una salida ya que, como se dijo antes, se contraban copados, pero las intenciones fueron inútiles porque los soldados no aceptaron, no obstante que los rebeldes emplearon atrevidos

emisarios, los cuales llegaron hasta el campo enemigo, se aprovechan de las garantías y facilidades que previa solicitud les fueron concedidas para hablar con el Jefe de la columna. Recibidos los emisarios antes citados, expusieron éstos al referido Jefe cual era la misión que llevaban, o sea lo mismo que el cacabilla de los rebeldes que tenía la posición de la plaza, le ofrecía enviarle diez mil pesos plata, por abandonar la población que defendían, siempre y cuando salieran las fuerzas con su impedimenta respectiva en sus carros.

Paco, hombre valiente y de reconocida reputación como militar, quien no tenía tacha alguna en su honor, rechazó de plano las indignas pretensiones del Jefe rebelde, pero éstas le sirvieron para conocer y palpar, por los mismos emisarios, de las condiciones tan afflictivas de la plaza y, sin embargo, no querían rendirse, pues continuaban los combates con funestos resultados muy especialmente para los sitiados.

Estos consiguieron en una escaramuza, que cayeran prisioneros algunos oficiales subalternos del Comandante Paco, contándose entre ellos, al Capitán Don Gabriel de Garayzábal y Gomar, quien estuvo expuesto a ser pasado por las armas en unión de otros militares captura-

dos con anterioridad, pero gracias al canje de prisioneros acordado por ambas fuerzas combatientes, lograron salvarse providencialmente.

Algunas casas principales de la Villa, fueron tomadas para convertirlas en Hospitales de sangre, pues el constante tiroteo, inclusive el de metralla hicieron destrozos en la población y diezmaron a los rebeldes.

Por un acueducto descubierto corría el agua que surtía a la Villa y que era también de tránsito para otros poblados de corta significación.

Ese líquido fué respetado por las fuerzas sitiadoras para que los pacíficos, ajenos a la contienda, no sufrieron mayores trastornos por la falta de tan preciado elemento de vida.

El material de guerra o sea el parque, estaba agotado en los combatientes de afuera de la plaza y, sin embargo tenían la ventaja sobre los ocupantes de ella, porque de un momento a otro recibirían refuerzos y municiones para dotar a los soldados y no había fuerzas enemigas que los pudieran estorbar por la retaguardia ya que los caminos se encontraban expeditos desde ese lugar hasta México. Apuntadas estas circunstancias y para no prolongar, inútilmente, los días de sitio, que era conve-

niente considerar a los no combatientes de la población, que estaban sujetos a sufrir bastantes penalidades, el Comandante Paco resolvió estrechar el cerco; dispuso que en las primeras horas de la noche y con todo sigilo para no ser sorprendidos los atacantes por los hambrientos y desesperados soldados contrarios, se horadasen algunas casas en la periferia circundada; ésto dió magníficos resultados, llegando al éxito ya que sin grandes pérdidas se tomaron los reductos que perdió el enemigo.

Ordenó el Jefe triunfante que en esa misma madrugada y antes de la salida del sol, se atacara definitivamente la plaza; empleando para ello un plan bien combinado para apoderarse por asalto a sangre y fuego, como último extremo, porque los rebeldes no se rendían. El combate duró aproximadamente una hora en cuyo tiempo fueron derrotados completamente los rebeldes que defendían la plaza posesionándose de ella los mencionados sitiadores.

La victoria obtenida por las fuerzas del orden, llevó gran regocijo a la Villa del Carbón y las campanas de las iglesias fueron echadas a vuelo las que produjeron un ruido ensordecedor y como señal de alegría manifiesta de sus habitantes, los que empezaron nuevamente a disfru-

tar de mediana tranquilidad después de las angustias sufridas en los pasados días de continuos combates.

Con motivo de la posición ganada o los rebeldes se hicieron numerosos prisioneros; muertos regados por las calles, azoteas y dentro de contadas habitaciones abandonadas. Se ordenó que los cadáveres se recogieran por las ambulancias y sepultados en una fosa de extraordinarias dimensiones y, los heridos alojados en las casas que al principio se ocuparon provisionalmente, debía atenderseles con esmero y prodigarles toda clase de atenciones para su pronta curación.

Se recogió bastante armamento pesado de diversos tamaños y calibres, armas de mano llamadas portátiles y poco parque escondido en algunos hogares que fueron cateados por orden superior, dada por escrito, encontrándose, además del armamento dicho, la importante documentación y archivo de los alzados, quienes no tuvieron tiempo de destruir. Caballada, la única que quedó, sufrió hambres y estuvo próxima a morir por la falta de pasturas, animales supervivientes que habían pelado los retoños de los arbustos; cuadrúpedos que se escaparon de haber sido sacrificados como otros para

aprovechar sus carnes en la alimentación de los moradores de la plaza.

En los patios de las casas, se vean las macetas en desorden y sin plantas, indicio de que habían corrido la misma suerte que los anteriores o sean los arbustos, ya que las referidas casas, algunas fueron abandonadas por sus moradores, quienes las dejaron abiertas y al azar de la soldadesca que entraron a saco.

Los víveres destinados para los habitantes tocaron a su fin agotándose como es natural.

Ya empezaba a sentirse los horrores del hambre en la mencionada población inerme y en los vencidos combatientes.

Las puertas y ventanas fueron destruidas por el hacha, pues estaban algunas casas faltas de éstas y, se tiraron varios techos ligeros de tejas con el objeto de rajar la madera que los sostenían, para utilizarla de combustible en las cocinas y vivaques instalados en el centro de la plaza, la que presentaba su destruido jardín ya falto en su mayor parte de arbustos, plantas de ornato, así como del ramaje de sus árboles.

También las habitaciones de varias casas, se encontraban los muebles en desorden, algunos destrozados, y otros, formando barricadas que sirvieron de obstáculos tras de puertas y

ventanas; había paredes con boquetes producidos por los proyectiles lanzados de sus cañones; los pisos llenos de piedras y caliche, vidrios rotos, manchas de sangre coagulada en varios lugares y ropas ensangrentadas; aquel cuadro que se presentaba a la vista, era desolador y producía tristeza.

Se capturaron a los principales cabecillas identificándolos por la misma documentación encontrada y además designados por sus ex-subalternos. Fueron internados en una casa vacía que prestaba seguridades sirviéndoles de prisión y con centinelas de vista al mando de un Teniente de caballería, en atención a que la cárcel se encontraba pletórica de prisioneros y no era prudente alojarlos ahí.

Ya que los reos no quisieron desde un principio rendirse y acogerse a las condiciones que se les habían fijado, y como eran hostiles al Gobierno porque se les cogió con las armas en la mano, debían irremisiblemente ser juzgados por un Consejo de Guerra sumarísimo. Se efectuó aquel con todas las prescripciones legales, sin pasión y serenamente el Fiscal pidió la pena de muerte, y como el Consejo la votó por unanimidad, son condenados a ser pasados por las armas. Los reos fueron notificados de la sen-

tencia pronunciada y, enterados de ella, no se inmutaron ni apelaron en su favor, prefiriendo morir como valientes antes que claudicar o pedir gracia de indulto.

Se hicieron los preparativos en la noche anterior a la ejecución de la sentencia, instalándose la capilla en donde recibieron, como cristianos, los auxilios espirituales del Cura, quien los confortó debidamente (eran cinco individuos los reos); a las cuatro y veintiséis minutos de la mañana fueron sacados los prisioneros, con todas las precauciones del caso, y conducidos en doble valla de soldados atrás del Atrio de la iglesia principal, lugar designado de antemano para segarles la existencia; se formó el pelotón de tiradores al mando del Capitán primero, Don Gabriel de Garayzábal y Gomar para cumplimentar el fallo del Consejo de Guerra antes mencionado y, ya formado el cuadro de rigor, dió la voz ¡Preparen!... indemitamente después, ¡Apunten!... y por último, bajando simultáneamente, la espada a la palabra... ¡Fuegol...

Una descarga cerrada y uniforme concluyó con las vidas de los cinco aguerridos y valientes jefes de los revoltosos.

Con las ejecuciones dichas quedaron epilo-

gados los sucesos sangrientos de la Villa del Carbón, sólo resta referir los lugares de donde eran nativos y el nombre de los finados: Policarpo Pedroza, de Durango, titulándose en vida, general de brigada; Zenón Hernández, (alias Pe-pitoria) coronel graduado de general, oriundo de Atlixco o Matamoros, pueblos de Chalchicomula, compañeros de armas y compadre que fué de Juan Nepomuceno Rosains quien años atrás o sea el once de septiembre de 1830 (1) fué ejecutado por un pelotón de soldados, en la Ciudad de Puebla; Mathías Tenorio, de Cuautla con el grado de coronel; los restantes, Anastasio Rentería y Praxedis Jiménez, ambos de Chihuahua, uno teniente coronel y el otro comandante que fungió como secretario y ayudante del Jefe rebelde, respectivamente.

En los lugares de nacimiento de los ya aludidos difuntos, residían sus familiares, conocimiento que se tuvo por lo asentado en las generales, (cabeza de proceso) que dieron de sus personas al Juez Instructor. Los deudos probablemente, después de algún tiempo, recibieron tan nefasta noticia.

El acto se verificó a las cinco y ocho minu-

(1) Del Tomo IV "México a Través de los Siglos". una Calzada en realización.

tos de la madrugada del día cuatro de junio del año ya apuntado al principio, en un sitio apartado atrás del Atrio y Cementerio de la iglesia parroquial de aquella población, aplicándoles a cada uno de los ajusticiados el tiro de gracia reglamentario y, previa acta levantada en el mismo lugar referido, dió fé el mayor Médico Militar, Sub-Jefe del Servicio Sanitario, de que estaban bien muertos los sujetos antes nombrados. Los cadáveres fueron sepultados en seguida en atención a que sus cuerpos no hubo persona o deudos que los reclamaran; respetuosos así de todas y cada una de las disposiciones superiores las que giró la Presidencia del Consejo de Guerra y que envió en pliegos cerrados al Comandante Paco, trámites ajustados a la Ordenanza Militar que en aquella época como ahora es muy estricta en ese sentido.

Se remitieron a México pliegos sellados y lacrados, acompañados de una caja de madera también sellada, con la documentación y archivo recogidos a los rebeldes, dando cuenta en forma circunstanciada, sin omitir detalle alguno, de la batalla librada que había terminado felizmente con la toma de la plaza, derrota que sufrieron los sitiados y con la ejecución de los principales cabecillas que la retenían;

acción de armas que dió prestigio y honra al Gobierno. El Comandante Paco al dar sus órdenes respectivas, lo hizo para que un Teniente Ayudante de absoluta confianza, quien escuchó las instrucciones verbales recibidas de no detenerse en el trayecto, sino lo muy estrictamente indispensable y, con su correspondiente escolta de resguardo, se puso inmediatamente en camino a marchas forzadas y con el fin de que esos importantes documentos llegaran cuanto antes a su destino.

El mismo día de los acontecimientos narrados, se nombraron autoridades con el carácter de "provisionales" recayendo en la persona de Don Gabriel de Garayzábal y Gomar, quien asumió el mando Civil y Militar de las tantas veces mencionada Villa. Este se ocupó con rapidéz en sanear y dar comienzo a las reparaciones de los desperfectos sufridos en esa población, introduciendo importantes mejoras al edificio del Ayuntamiento, y se manejó honradamente con beneplácito de sus habitantes.

Meses después ya nombradas las autoridades civiles, le ofrecieron una comida campestre, como despedida, al Comandante de Garayzábal; pues en breve emprendía el camino de retorno a México para presentarse a recibir nue-

vas órdenes, ya que para tal fin lo llamaron las Autoridades Militares.

El triunfo de aquella acción de armas se debió al arrojo, valor, disciplina y orden impuestos por el intrépido Comandante de la Artillería a sus subalternos.

Los cuerpos, en su mayoría, se comportaron a la altura de su deber y su Jefe Paco a la cabeza, como ya se dijo, recorrieron la plaza rendida para levantar el campo, con lo que pudieron comprobar y lamentar la muerte de cuatro oficiales que en los reductos se encontraban, (ya cadáveres) y detallados en el parte que se rindió; cinco artilleros, como sigue: un sargento primero, uno segundo y tres cabos, además quince soldados rasos, aparte de un regular número de heridos a los que se atendió con todo esmero y cuidados, en la misma Villa. Entre los últimos listados, aparece el nombre del Comandante Paco que resultó lesionado de un pié al estallar una granada la que, gracias al caballo que montaba, a quien mató, él hubiera sido llamado a fallecer. Una de las botas compañeras de combate del militar, quedó hecha pedazos.

Igualmente fué de lamentarse el gran número de dispersos registrados en las filas mencio-

nadas, comprobándose ésto a la hora de "Lista".

Ocho días después de la herida que sufrió Paco y por las atenciones que se le prodigaron, sanó completamente.

Ya para regresar a la Capital con sus fuerzas bien reorganizadas, se incorporaron a éstas casi todos los dispersos que anteriormente referimos, pues sabemos ya que además de la estricta disciplina ejercida por el Comandante Paco, éste era muy estimado de todos sus subalternos.

A su partida, dejó un destacamento en aquel lugar para dar garantías a la población y custodiar a los prisioneros los que, después de corto tiempo, fueron, en su mayoría, dados en libertad.

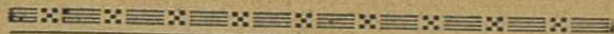
En la noche del veintiséis de junio del mismo año, entró a la ciudad de México a tambor batiente y se alojó con sus respectivas fuerzas en un local cerca de Santiago Tlatelolco; en seguida, y todavía con el polvo en sus ropas de campaña, se dirigió a Palacio para entrevistar al Presidente (su padrino) a quien le dió parte, personalmente, de las novedades habidas con motivo del hecho de armas. Su Excelencia, enterado de ellas con anticipación por

los pliegos recibidos, ya había dado sus respetadas órdenes para que en la "Orden General de la Plaza", del día, se diese a conocer el ascenso del Comandante Paco al grado de General, haciéndose también los preparativos para imponerle solemnemente una Medalla por su brillante comportamiento en el cumplimiento de su deber y celo por las instituciones establecidas.

Paco estaba contentísimo y su novia aún más; ella de nombre Luz Pernicharo y Soto de Avellaneda, parecía una sonaja por el feliz arribo de su prometido que llegó sano y salvo.

Pedro Regalado (Perico), hijo del médico, fué también ascendido al grado inmediato y se le impuso, personalmente por el Presidente, la Medalla de Honor; acto que se verificó en la Plaza de Armas frente al Palacio de los Poderes, en medio de una animada parada Militar. Fué felicitado por sus compañeros de armas y de sus numerosos amigos de carácter civil.

Además, hay que agregar que entre otros militares ascendidos y condecorados, figuró el Mayor de Artillería Don Gabriel de Garayzábal y Gomar a quien impusieron una medalla por su buen comportamiento y reconocida honradez.



CAPITULO TERCERO

MATRIMONIO DEL GENERAL PACO CON LUZ

PACO y Luz pasaron unas semanas ocupadísimos en arreglar su próximo matrimonio, absorbiendo todo ese espacio de tiempo en los preparativos necesarios para este acontecimiento.

Luz era huérfana de padre por haberlo perdido cuando apenas contaba un año y siete meses de nacida.

Vivía, afortunadamente, su amantísima madre de igual nombre que la joven, y llevaba el apellido de Soto de Avellaneda viuda de Pernicharo.

Su madre, dama de muy buen corazón y bellas cualidades, supo educar cristianamente a su cariñosa y buena hija; ésta que era la única que le quedó de su matrimonio, le corres-